



**LA COLECCIÓN “VIDAS ESPAÑOLAS E HISPANOAMERICANAS DEL
SIGLO XIX”, UN LUGAR DE ENCUENTRO ENTRE ESPAÑA
E HISPANOAMÉRICA**

JESSICA CÁLIZ MONTES
UNIVERSITAT DE BARCELONA

1.- Introducción a la colección “Vidas Españolas e Hispanoamericanas del Siglo XIX”

El proyecto editorial de Espasa-Calpe “Vidas Españolas e Hispanoamericanas del Siglo XIX”, cuyos números aparecieron entre 1929 y 1942, fue ideado y promovido por José Ortega y Gasset, que propuso para su dirección al crítico e historiador Melchor Fernández Almagro. Con más de medio centenar de números, en total vieron la luz cincuenta y nueve vidas, la colección reúne a un gran elenco de escritores de diferentes perfiles ideológicos y estéticos, además de permitir la reconstrucción del panorama histórico-literario del siglo XIX en España e Hispanoamérica. Pese al papel destacado que las biografías de la colección desarrollan en el marco de la razón vital orteguiana y de la renovación del género biográfico entre 1920 y 1940, hasta el momento no ha sido objeto de un exhaustivo análisis¹.

Este artículo, concretamente, propone un estudio de las relaciones que se establecen entre España e Hispanoamérica a través de la colección, así como del giro que esta, inicialmente titulada “Vidas Españolas del Siglo XIX”, sufre tras el segundo viaje que Ortega y Gasset realiza a Argentina en 1928; hecho que, debido a los escasos

¹ Actualmente centra la investigación de la tesis doctoral que realizo en la Universidad de Barcelona.

estudios de la colección, no ha sido convenientemente señalado en la trayectoria del filósofo y ha sido desplazado por la polémica americanista de sus artículos. Para ello, a partir de los diferentes ensayos orteguianos, en primer lugar se establecen las relaciones entre la colección y su sistema filosófico, y, en segundo lugar, se vinculan con las reflexiones que suscita ese segundo viaje. A fin de completar el panorama del intercambio en el que la colección se inserta a la vez que impulsa, se atiende también al auge de las revistas hispanoamericanas en ese período y a las colaboraciones transnacionales que se instauran.

Durante las tres primeras décadas del siglo XX el fenómeno conocido como *nueva biografía* o *biografía novelada* se extendió por Inglaterra, Francia y Alemania de la mano de autores como Lytton Strachey, Emil Ludwig, Stefan Zweig y André Maurois, entre otros. Los principales objetivos perseguidos por la renovación de los procesos biográficos iniciados en dichos países europeos eran la desvinculación historiográfica y la autonomía de la biografía como género. Para alcanzar esa independencia, una de las cuestiones principales radicaba en el juego y el diálogo con las fronteras entre biografía e historia y entre biografía y novela. A ello se sumaban las teorías de Freud, encaminadas al descubrimiento de las fuerzas anímicas instintivas, las fuerzas interiores y exteriores, la mezcla entre constitución y destino². La nueva biografía, además de pretender exceder los límites del género biográfico para convertirse en un género mayor, perseguía desentrañar esa conducta vital sin renunciar a ninguna faceta del hombre.

En España, la nueva corriente literaria adquirió cierta relevancia entre 1920 y 1940. Ante la crisis de la novela a la que aludía José Ortega y Gasset en *Ideas sobre la novela* (1925), la demanda del público se encaminó hacia el género de las biografías, ya que las vidas de personajes históricos resultaban más atractivas para un determinado sector del público que las prácticas modernistas o los intentos de la novela deshumanizada³. En esos años se tradujeron muchas biografías y estudios literarios extranjeros. A las obras de editoriales como la *Nouvelle Revue Française* y la casa Plon

² En relación con su teoría de las pulsiones, el propio Sigmund Freud exponía en estos términos la aplicación de los métodos del psicoanálisis clínico al estudio biográfico de personajes históricos en *Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci* (1910) (Serrano Asenjo, 2008: 24).

³ Véase la distinción entre el público selecto y los lectores aferrados a la novela de corte realista, entre la novela de la “emoción sentimental” y de la “emoción intelectual” que Fernández Cifuentes recoge citando a autores del “Nova Novorum” como Juan Chabás y Benjamín Jarnés (1982: 331).

de París, se sumaron las primeras iniciativas españolas, por ejemplo la colección “Biografías, Historia y Varios” de la Editorial La Nave; las series “Grandes Biografías”, “Famosas Biografías” y “Biblioteca Emil Ludwig” en la editorial Juventud; y los “Grandes Hombres” y “Mujeres Ilustres” de Seix Barral.

A pesar de la importancia de estas iniciativas editoriales surgidas a partir de la década de 1920, la colección más importante y numerosa es la de las “Vidas Españolas e Hispanoamericanas del Siglo XIX”. Asimismo, a diferencia de la mayoría de esas colecciones biográficas, la empresa orteguiana es la que se inscribe en unas coordenadas más específicas, lo cual le proporciona una gran coherencia. En un principio, la colección se limitaba a vidas españolas decimonónicas. De este modo, la serie fue iniciada en 1929 bajo el título de “Vidas Españolas del Siglo XIX”, cuyo primer número fue la biografía *El general Serrano, duque de la Torre*, firmada por el marqués de Villa-Urrutia. Tan solo un año después, en 1930, cuando la colección contaba ya con las cinco primeras vidas, el diplomático y escritor mexicano Jaime Torres Bodet dedicó un artículo al proyecto editorial en la *Revista de Occidente*. En él destacaba precisamente esa coordenada espacial en un momento en el que se requería una revisión de esas figuras inmediatamente precedentes para forjar y asentar un estado realmente democrático:

Ahora, en un minuto de revisión nacional de valores, cuando la vida necesita apoyarse en otra cosa que la seguridad de la rapidez adquirida, una generación de biógrafos no sólo se adapta a un tono convencional del gusto en el mundo. Responde a una necesidad íntima del país. Implica la madurez de su conciencia crítica (Torres Bodet, 1930: 281).

Asimismo, el mexicano subrayaba la necesidad de comprender a través de estos personajes históricos sin llegar a moralizar o a hacer una mera exposición, algo que, como se detallará más adelante, es uno de los principios que se desprende de los artículos de Ortega y que constituye el germen de la colección.

Pese al carácter nacionalista, al año siguiente de su aparición y con diez biografías ya en las librerías, la colección cambiaba de nombre para abrirse a las vidas de grandes figuras hispanoamericanas del siglo XIX, la mayoría hombres que tuvieron un papel fundamental en los procesos de independencia latinoamericanos. La primera de esas vidas americanas fue *Bolívar, el libertador*, a cargo de José María Salaverría, a la que siguieron otros caudillos como José de San Martín, por Eduardo García del Real;

José María Morelos, por Alfonso Teja Zabre; o Fructuoso Rivera, por Telmo Manacorda.

Al parecer, los primeros en plantearse esta abertura de la coordenada espacial son Melchor Fernández Almagro y Guillermo de Torre, tal como queda expuesto en el epistolario mantenido entre ambos críticos⁴. De este modo, tras una carta fechada el 30 de julio de 1928 en la que Fernández Almagro le comunica a su amigo, en aquel entonces residente en Buenos Aires, la nueva de la dirección de la colección, el crítico de las vanguardias le felicita en una carta fechada a 27 de septiembre de 1928. En ella aprovecha la ocasión para comunicarle que él también tenía “el proyecto de hacer un libro biográfico-novelesco del siglo XIX” (Viñes Millet, 2008: 122) sobre un personaje que fuese mejor alguien literario que político y le expone que considera obligatoria la inclusión de algunas figuras americanas, concretamente argentinas, en la serie. Además, se ofrece para ejercer de mediador y consejero en caso de estar de acuerdo con él.

La respuesta de Melchor es afirmativa y, el 25 de noviembre de 1928, le confía que ya había barajado la posibilidad de abrir la colección a personajes hispanoamericanos:

Lo de Biografías de “Calpe” me satisface. Es propósito mío incluir en la serie, Vidas americanas, contra lo que parecía ser la opinión de Ortega, antes de su viaje ahí. Espero su regreso, para ultimar este punto, y es claro que tu colaboración será precisa (Viñes Millet, 2008: 185).

Por consiguiente, el crítico e historiador granadino ya barajaba que la nacionalidad de las vidas no fuera únicamente española antes de la aparición del primer número, pero Ortega pensaba en una colección de carácter puramente peninsular. Dadas las fechas en las que se inscribe la misiva, el viaje al que alude el director editorial es el realizado en 1928 a tierras argentinas, entre otras breves visitas a otros países latinoamericanos. A raíz de él, seguramente se percatara del mercado editorial que proporcionaba la delegación que Espasa-Calpe tenía en la capital argentina desde 1928, así como de las posibilidades que suponía para sus pretensiones filosóficas.

⁴ El epistolario fue editado por Cristina Viñes Millet (2008) con el título *Cartas cruzadas entre Guillermo de Torre y Melchor Fernández Almagro (1922-1966)*.

2.- La voluntad pedagógica y transatlántica de Ortega que conforma la colección

A fin de recomponer ese lugar de producción e intercambio transnacional, es pertinente enmarcar los resortes de la filosofía orteguiana que pautan la línea marcada para la empresa editorial aquí referida, así como su vocación culturalista, pedagógica y política. Todo ello sin obviar la polémica que despertó ese segundo viaje tras la publicación de “La Pampa... promesas” (1929) y “El hombre a la defensiva” (1929), reflexiones que permiten establecer la conexión entre el viaje y el cambio de opinión del filósofo aludido en la carta.

A pesar de que el filósofo español centra tan solo algunos de sus artículos en el tema concreto de la biografía, este se extiende en muchas de sus reflexiones y ensayos, de modo que queda inserto en su propio pensamiento. En su acercamiento más directo a la ausencia de biografías, el artículo “Sobre unas ‘memorias’” (1927)⁵, Ortega y Gasset aludía a la complacencia en la vida que conllevaba el género, hecho que explicaba que en Francia hubieran proliferado más que en España, como si el español no tuviera ese apego a la vida y la sintiera como un auténtico “dolor de muelas” (Ortega y Gasset, 1983f: 590). Esta idea está en relación con la razón vital que conforma su pensamiento. El ser humano no está separado de la realidad, es un “yo y mi circunstancia”, como diría en las *Meditaciones del Quijote* (1914); es un hacerse que siempre parte de la tensión entre la vocación y la circunstancia. De ahí que sea necesario aproximarse a la vida de los otros.

Los planteamientos filosóficos de Ortega acerca de esa razón vital se concretan en *El tema de nuestro tiempo*, lección universitaria con la que inauguró el curso 1921-1922 y en la que se aborda el relativismo; esto es, la cuestión de que la verdad pura no existe, lo único aprehensible son las verdades relativas a la condición de cada sujeto. El relativismo que apunta el filósofo se contrapone al racionalismo imperante desde el Renacimiento, que había culminado con el progreso de la ciencia. El tema centra también la reflexión de *En torno a Galileo* (1933). Ante la razón pura que había imperado de Descartes a Kant, Ortega defiende la razón vital, un término medio entre el absolutismo racionalista —razón que anula la vida— y el relativismo —vida que evapora la razón, y que a su vez difiere del vitalismo. La crítica al positivismo que tal

⁵ Incluido en *El espíritu de la letra* (1927).

teoría implica fue precisamente el núcleo de las conferencias que ofreció durante su primer y segundo viaje a Argentina.

La razón vital está, por otra parte, estrechamente ligada al género biográfico. Según sostiene Ortega en “A una edición de sus obras” (1932), toda vida es misterio y labor de desciframiento, de desentrañamiento de las características de la identidad del sujeto y de las pulsiones que guían sus acciones (1983i: 343). Sin embargo, la aproximación está impulsada por una voluntad de comprensión y de entendimiento, no de juzgar o moralizar como pautaba el modelo inglés de las biografías victorianas. Por consiguiente, una de las pretensiones de la colección radica en esa necesidad de “sacudida frenética de la vitalidad” (1983i: 344) que el lector experimenta al conocer otra vida y sumergirse tras ello en la suya propia. Es un modo de nutrición, de aprendizaje, de magisterio; de asumir la importancia de los mejores modelos. Él mismo reconoce la pulsión a lo largo de su obra por “fomentar la porosidad de mis lectores hacia el prójimo” (1983i: 344), ya que se había percatado de la depresión y disminución que sentían los españoles ante las vidas de otras personas. Su razón vital tenía el propósito de dar un giro a tal actitud y encaminarla hacia la comprensión de las circunstancias y el enriquecimiento de la perspectiva. Esto es, el hombre necesita negarse a sí mismo y trasladarse a otro ser mediante la elasticidad y la imaginación:

Cada una de estas ajenas vidas tendrá inexorablemente su perspectiva; es decir, que el prójimo se sentirá, a su vez, centro de otro horizonte. Esto nos obliga a complicar nuestra perspectiva primaria articulando en ellas esas otras virtuales que son las vidas de los demás (1983i: 345).

El tema es retomado en “Sobre las carreras” (1934), donde afirma que el hombre debe confeccionar su carrera, pero no solo en la acepción vocacional o profesional, los oficios (“hacer de la mano”), sino también en términos de existencia, de esquemas sociales de la vida (“hacer espiritual”). Para esa elección, se precisa recurrir a modelos vitales, las vidas de hombres pasados de las que el hombre presente es heredero (1983h: 169). Pero, sin duda alguna, el artículo en el que más ampliamente se configuran todas esas cuestiones alrededor de la necesidad de partir del interior para acercarse a las vidas pretéritas es “Pidiendo un Goethe desde dentro” (1932). En él, Ortega aclara que el acercamiento a la vida del escritor romántico alemán debía de invertir la perspectiva distante practicada hasta el momento, ya que esta solo permitía proferir las anécdotas y detalles desde el exterior. El filósofo español, en contraposición, postula una óptica

inversa: ofrecer un Goethe desde dentro para comprender su proyecto vital desde esa perspectiva —circunstancia, vocación y destino—:

No hay un vivir en abstracto. Vida significa la inexorable forzosidad de realizar el proyecto de existencia que cada cual es. Este proyecto en que consiste el yo no es una idea o plan ideado por el hombre y libremente elegido. Es anterior a todas las ideas que su inteligencia forma a todas las decisiones de su voluntad. Más aún, de ordinario no tenemos de él sino un vago conocimiento. Sin embargo, es nuestro auténtico *ser*, es nuestro destino. Nuestra voluntad es libre para *realizar o no* ese proyecto vital que últimamente somos, pero no puede corregirlo, cambiarlo, prescindir de él o sustituirlo. [...] La vida es constitutivamente un drama, porque es la lucha frenética con las cosas y aun con nuestro carácter, por conseguir ser de hecho el que somos en proyecto (1932: 9).

El pensador llama la atención sobre el hecho de que estas consideraciones acerca de la vida imponen que la estructura de la biografía deba ser otra totalmente distinta de la usada. Ello se traduce en el axioma de no ser simplemente psicología. El biógrafo empleaba esta disciplina o intuición para analizar a su biografiado desde el interior, como si fuese un aparato de relojería. Sin embargo, para Ortega la biografía “necesita de la psicología como de la fisiología” (1932:10), pero como mera información, ya que lo que realmente adquiere relevancia en la vida de la persona es su sumersión en lo que no es ella, su circunstancia: el “dinamismo dramático entre ambos elementos —yo y mundo— es la vida” (1932:10). Esa vida será más o menos auténtica en proporción a la fidelidad que profese a su vocación. La biografía debe atender a esa autenticidad, algo que bajo la consideración de Ortega no había sido pertinentemente tratado y que se fundamentaba en determinar o descubrir la vocación vital de la persona y la fidelidad a su destino.

Lo más importante, en consecuencia, no es tanto la lucha del hombre con el mundo, la exterioridad del dato fácilmente constatable, como la lucha interior del hombre con su vocación. Es decir, el sentimiento trágico de la condición humana (1932: 12). La concepción orteguiana del sentimiento trágico, de las contradicciones de la existencia, se ancla en la realización del proyecto vital y difiere de la expuesta por Unamuno en *Del sentimiento trágico de la vida* (1912). Para el bilbaíno, el sentimiento trágico de la vida estriba en la sed de eternidad e inmortalidad del ser humano, anhelo en contradicción con la razón y la ciencia. Para alcanzar ese deseo antirrational dominado por la fe, el ser humano debe dar todo de sí, superarse a sí mismo y darse a los demás. Es necesario hacerse insustituible, propósito en el que precisamente juega un papel primordial el oficio, la “vocación civil”: “Sin que se deba tratar acaso tanto de

buscar aquella vocación que más crea uno que se le acomoda y cuadra, cuando de hacer vocación del menester en que la suerte o la Providencia, no nuestra voluntad, nos han puesto” (Unamuno, 1976: 228). La lucha interior que Ortega observa en el ser humano respecto a su vocación es transformada por Unamuno en la convicción de convertir en vocación aquello que el destino depare, “tomar la cruz del propio oficio civil”, cumplirlo apasionadamente, “trágicamente, si se quiere”, a fin de entregarse e inmortalizarse (1976: 234).

En cuanto a la elección del siglo XIX, Enrique Serrano Asenjo (2008) señala que seguramente el punto de partida sea la conflictiva relación de los españoles con el siglo anterior (2008: 108). Una de las primeras alusiones de Ortega al respecto se halla en las *Meditaciones del Quijote*, donde ya se hace mención a una manera de sentir diferente respecto a la centuria precedente, donde la vida social había obnubilado la atención hacia la vida individual:

Creo muy seriamente que uno de los cambios más hondos del siglo actual con respecto al XIX, va a consistir en la mutación de nuestra sensibilidad para las circunstancias. Yo no sé qué inquietud y como apresuramiento reinaba en la pasada centuria —en su segunda mitad sobre todo—, que impelía los ánimos a desatender todo lo inmediato y momentáneo de la vida. Conforme la lejanía va dando al siglo último una figura más sintética, se nos manifiesta mejor su carácter esencialmente político. Hizo en él la humanidad occidental el aprendizaje de la política, género de vida hasta entonces reducido a los ministros y los consejos palatinos. La preocupación política, es decir, la conciencia y actividad de lo social, derrámase sobre las muchedumbres merced a la democracia. Y con un fiero exclusivismo ocuparon el primer plano de la atención los problemas de la vida social. Lo otro, la vida individual, quedó relegada, como si fuera cuestión poco seria e intrascendente (1990: 66-67).

La contraposición entre el siglo XIX y el XX centró la conferencia *Vieja y nueva política* (1914). También era el tema subyacente al artículo “Nada ‘moderno’ y ‘muy siglo XX’” (1916) y a la colección “Biblioteca de Ideas del Siglo XX” que dirigió para Espasa-Calpe. La oposición de Ortega residía en que la política, los problemas de la vida social, hubiesen relegado la atención que merecía la vida individual. Al mismo tiempo, como ya ha quedado planteado, era crítico con el positivismo en tanto que sistema racional que anulaba totalmente la voluntad del hombre y su vitalidad. Otra de las pretensiones de la colección podría ser, así pues, esa intención de rescatar las vidas individuales de la centuria anterior para contemplar su drama vital puesto que para el pensador todo es conocimiento. En las *Meditaciones del Quijote*, asimismo, ya se desprende esta idea de recobrar la individualidad de esos personajes históricos de hacía menos de cien años:

¿Qué es la Restauración? Según Cánovas, la continuación de la historia de España. ¡Mal año para la historia de España si legítimamente valiera la Restauración como su secuencia! Afortunadamente es todo lo contrario: la Restauración significa la detención de la vida nacional. No había habido en los españoles durante los primeros cincuenta años del siglo XIX complejidad, reflexión, plenitud de intelecto, pero había habido coraje, esfuerzo, dinamismo. Si se quemaran los discursos y los libros compuestos en ese medio siglo y fueran sustituidos por las biografías de sus autores, saldríamos ganando ciento por uno (1990: 119-120).

En “Para un museo de lo romántico” (1927)⁶, hace hincapié en la idoneidad de conocer las vidas de otros tiempos porque lo que distingue unas épocas de otras no son las ideas, las artes, la política o la industria, sino el diferente sentimiento radical de la vida en cada una de ellas. El hombre culto debía “confrontarse con los hombres de otros tiempos, asomarse a su intimidad” para así poder percatarse de su propia sensibilidad y destino histórico (1983c: 517). Dos años antes de que se publicara la primera biografía de la colección, Ortega y Gasset ya presentía la necesidad de acercarse a las existencias del siglo XIX y consideraba un placer sumo la posibilidad de “olfatear la vida que fue”. Si esto se lograba cifrar en arte, sería un goce superior al de cualquier otro tipo de arte (1983c: 518).

En definitiva, las pretensiones con las que Ortega puso en marcha el proyecto de la colección “Vidas Españolas del Siglo XIX”, más tarde ampliada a los personajes hispanoamericanos tras su segundo viaje al continente americano, responden a toda su construcción filosófica, al reclamo de insertarse en la razón vital. Las biografías, en una primera instancia, debían reflejar esa escisión de lo interno con lo externo, el drama de la vida de cada individuo. Al mismo tiempo, esas cincuenta y nueve vidas que configuraron la colección permitían reconstruir la historia de este siglo.

En “Sobre unas ‘memorias’”, el filósofo madrileño subrayaba que el género descansa sobre la historia, puesto que esta no es otra cosa que vida pública impuesta sobre incontables vidas privadas. Por eso mismo, las memorias muestran ese “reverso del tapiz histórico” (1983f: 590). Una a una, mediante esas historias individuales, se teje el panorama del siglo XIX y se accede a un punto de vista concreto. La concepción orteguiana de la historia pasaba por saber “mirar a lo lejos lo lejano sin miopía, sin contaminar el presente con el pretérito”, tal como manifiesta en “El arte en presente y en pretérito” (1925) (en Ortega y Gasset, 1983b: 427).

⁶ Texto de la conferencia con la que inauguró el Museo Romántico de Madrid en 1927, recogido en el tomo VI de *El Espectador*.

Otra causa de la elección del siglo XIX es el Romanticismo, movimiento cultural mediante el cual el hombre se percata por primera vez de que la vida es la lucha del hombre con su destino; de que la vida es un problema en sí misma entre intimidad y realidad, tal como se pone de manifiesto en la autobiografía de Goethe, *Poesía y verdad* (1811-1830). Se trata del sentimiento radical de la vida que, tal como se ha referido anteriormente, Ortega trae a colación en “Para un museo de lo romántico”. También Rafael Argullol (1990) expone la condición trágica de la vida y el pensamiento románticos:

Lo que distingue a la mente romántica no es el procedimiento objetivo o subjetivo en el proceso de creación artística, sino una concepción del mundo, nueva y revolucionaria, centrada en la conciencia, diversamente manifestada, de la irresoluble condición trágica del hombre moderno (Argullol, 1990: 42).

El Romanticismo supone la primera contestación al imperio de la razón. Este movimiento cultural, carente de leyes y cánones, admite la razón, pero no como forma única de intervención en los procesos de conocimiento y de creación, puesto que se da también importancia al alma y al mundo de la psique que habían quedado relegados por el imperio de la lógica y la razón. Tras el peso del que vuelve a gozar la razón con el positivismo realista, Ortega propone con su razón vital una nueva síntesis entre razón y vida.

Además, la centuria decimonónica es un siglo de carácter político. Ortega quería mostrar las estructuras vitales que había detrás de esa historia política para así poder comprender bien todos aquellos acontecimientos. Su postura no es otra que superar la lucha bipartidista entre liberales y reaccionarios, como algo que formaba parte de la vocación del siglo XIX, pero no de la pulsión del siglo XX, que debía reorientar esa historia, comprenderla para con ella saber guiar los hechos futuros. Como sostiene Francisco López Frías en *Ética y política: en torno al pensamiento de J. Ortega y Gasset*:

Cuando Ortega y Gasset llama racionalistas tanto a las posturas liberales como conservadoras, está tratando de llamar la atención sobre un punto clave, y para él erróneo, que fue consustancial a la política del siglo XIX y —lo que es más grave— sigue siéndolo en el XX. Las luchas entre unos y otros prácticamente se sostienen por el fanatismo de que son capaces quienes defienden ideales más racionales que reales (López Frías, 1985: 63-64).

El conocimiento de la historia es para Ortega, tal como manifiesta en el ensayo *En torno a Galileo*, indispensable para el hombre puesto que no es otra cosa que

reconstrucción e interpretación de cómo han sido las vidas humanas en cuanto a tales (1976: 22). Por ello y junto a sus artículos, la colección es una pieza más en su entramado de regeneración social y política, puesto que solo a partir del conocimiento del pasado se lograría no cometer los mismos errores y construir un futuro.

Las biografías sobre personalidades latinoamericanas incluidas en la colección buscan también ese afán de conocimiento histórico y de evitar futuros errores, motivos que se relacionan con el segundo viaje del filósofo a tierras americanas. En numerosos artículos y estudios⁷ se ha manifestado que la relación de Ortega con Hispanoamérica, especialmente con Argentina, fue bidireccional. Sus conferencias y sistema filosófico dejaron su poso al otro lado del Atlántico, pero también fue una experiencia que produjo una influencia fundamental en su obra, como él mismo dejaría constancia en “Por qué he escrito ‘El hombre a la defensiva’” (1930)⁸:

[...] no podría escribirse mi biografía —dado que ella tuviera algún interés— sin dedicar algunos capítulos centrales a la Argentina. Es decir, que yo debo, ni más ni menos, toda una porción de mi vida —situación, emociones, hondas experiencias, pensamientos— a ese país (1983g: 70).

Su primer viaje a Argentina tuvo lugar en 1916. En él ya tomó contacto con el público bonaerense y lo conquistó por su originalidad y la facilidad con que pronunciaba sus conferencias filosóficas. Su visita fue clave para acercar la mirada de los argentinos a España, puesto que hasta entonces centraban más su atención hacia Inglaterra y Francia. Luis Llera, en su artículo “Ortega en Argentina” (2006), relaciona la llegada del filósofo a tierras americanas con una tesitura especial para él, ya que la Europa de élites que anhelaba para España se tambaleaba a causa de la Primera Guerra Mundial. Por este motivo, Ortega veía en América la promesa frente al carácter pretérito que teñía Europa e intentaba mostrar en España las cualidades de los argentinos, un pueblo joven y no anquilosado como el peninsular. Así lo refería en la “Carta a un joven argentino que estudia filosofía” (1924)⁹: “No he hecho nunca misterio de sugerirme mayores esperanzas la juventud argentina que la española” (1983a: 347). Admira su fuerza vital, pero les reprocha cierta carencia de disciplina interna fruto de lo que él

⁷ Entre ellos se encuentran el especial dedicado a Ortega y América en el núm. 6 de *Quinto centenario* (1983); así como diferentes artículos de Campomar (2000), Llera (2006), Schwartz (1983), Zea (1983), etc.

⁸ Artículo publicado originariamente en *La Nación* de Buenos Aires en abril de 1930 tras la polémica despertada por “El hombre a la defensiva” (1929).

⁹ El artículo es de 1924, pero aparece recogido en el tomo IV de *El Espectador* (1925).

considera un narcisismo que impide penetrar en el interior de las cosas (1983a: 348).

Más adelante dirá acerca de esa necesaria disciplina interna:

Yo quisiera ver en estos grupos jóvenes la severa exigencia de ella. Pero acontece que veo todo lo contrario: un apresurado afán por reformar el Universo, la Sociedad, el Estado, la Universidad, todo lo de fuera, sin previa reforma y construcción de la intimidad (1983a: 349).

Lo que Ortega exige a esa joven intelectualidad argentina tras su primer viaje no es diferente de lo que intentaba inculcar a sus lectores y discípulos españoles: penetrar en el interior de la vida, utilizar la razón vital como sistema y metodología existencial. Se necesita de la sumersión en uno mismo, en la propia circunstancia, el dinamismo, para poder realizar el proyecto vital. No era otra la pretensión del total de nueve conferencias de ese primer contacto, sino ofrecerles las novedades filosóficas europeas y del ámbito español para superar el positivismo y el idealismo que anulan la vida. Objetivo, asimismo, que reforzaba la colección de las biografías como modelos vitales, al mismo tiempo que brindaban el acercamiento a otras figuras y la superación de las propias barreras.

El filósofo no entendía, aun así, tal desembarco como una prolongación colonizadora, sino como un intercambio en el que España era solo una provincia junto al resto de países centro y sudamericanos. De hecho, el afán imperialista que había mantenido España durante siglos era considerado por el pensador una ficción que había contribuido al anquilosamiento del país, fomentada por la que él llamaba “vieja política”. Como ratifica Marta Camponar en las páginas de “Controversias americanistas: el colonialismo de Ortega y Gasset”, la lucha contra el lastre decimonónico que desemboca en la pérdida de las colonias, incluía la supresión de la leyenda negra que rebrotaba en aquel momento en tierras americanas:

Mientras la polémica seguía en pie, desde 1914 Ortega venía predicando una ruptura total con toda esta tradición dialéctica tradicionalista integrista-liberal decimonónica, rechazando tanto a la Iglesia como ángel civilizador de América o los mitos de la bestia negra que también generaba deformaciones históricas estériles. Todo este pasado apologético le parecía obsoleto, inútil y poco fecundo para su nueva concepción europeísta de España (Campomar, 2000: 192-193).

Las vidas hispanoamericanas incluidas en la colección, por lo tanto, forman parte de un proyecto común con raíces europeístas que afecta a la transformación social tanto de España como de Latinoamérica y que responde a los problemas heredados del siglo XIX. El problema, como expone Leopoldo Zea, es de carácter transnacional:

En Ortega encontró el hispanoamericano mucha de la problemática que en su interior venía planteándose desde el pasado siglo XIX. En este sentido, Ortega no podría ver en Hispanoamérica sino la reiteración de los problemas de la Europa del XIX llevados aquí a su máxima expresión por la crisis de 1898, de la cual sería fruto su propia obra. Crisis semejante en Hispanoamérica, al término de su emancipación política como crisis agudizada en la Península después de la guerra del 98. Y como consecuencia, la angustiosa alternativa entre europeísmo e hispanismo, occidentalismo y americanismo (1983: 14).

En su segundo viaje de 1928, Ortega centra las conferencias en el problema de la vida, entendida como quehacer y rehacerse permanente, así como en el tema de las generaciones y la confrontación entre masas y minorías extraída de lo que posteriormente conformaría el núcleo *La rebelión de las masas* (1930). Ese segundo viaje, coincidió con la agudización de los problemas entrevistados en plena ascensión al poder de Hipólito Irigoyen, de tendencias populistas, y el fascismo y el bolchevismo que planeaban sobre Europa. Fruto de esa segunda aproximación a la realidad argentina son los artículos “La Pampa... promesas” y “El hombre a la defensiva”¹⁰. En este último, habla de la fuerza arrolladora de la masa y de la peligrosidad que supone desconocer la historia:

Desgraciadamente, la falta mayor de nuestro tiempo es la ignorancia de la historia. Nunca, desde el siglo XVI, el hombre medio ha sabido menos del pasado. Ahora bien, adjunta a sus desventajas, la superioridad de una civilización vieja es la experiencia histórica acumulada que le permitiría evitar las fatales e ingenuas caídas de otros tiempos y otros pueblos. Conforme un ciclo histórico avanza, los problemas de convivencia humana son más complejos y delicados: sólo una refinada conciencia histórica permite solventarlos. Pero si se encuentra con problemas muy difíciles y su mente, por haber perdido la memoria, vuelve a la niñez, no hay verosimilitud de buen éxito. Los errores mortales de otras épocas volverán indefectiblemente a cometerse (1983e: 646).

Ortega afirma que el olvido de la historia, con la consiguiente repetición de los errores pasados, es el problema que atacaba en ese momento a Europa, y “por reflejo”, al resto del mundo: “no hay nada más peligroso para una nación o conjunto de ellas, que pasar la raya en la intervención y autoritarismo del Estado” (1983e: 646). El filósofo insiste en que no es solo un mal que asole a Europa, sino que América, y concretamente Argentina, también son víctimas al imitar esa actitud: “Al fabricarse esa sublime idea de sí misma, ¿no se ha dejado influir la Argentina por esa valoración hipertrófica del Estado que transitoriamente padecen las naciones europeas?” (1983e: 646).

Al filósofo le interesa plantear el desequilibrio entre la realidad social de este país y la idea que de sí misma expresa su república penetrando en el alma individual del

¹⁰ Ambos artículos aparecieron en *La Nación* de Buenos Aires en septiembre de 1929 y fueron reunidos en el tomo VII de *El Espectador* (1930).

argentino, retomando con ello el narcisismo del que hacía mención en la “Carta a un joven argentino que estudia filosofía”. En este aspecto, considera que, aun reconociendo la exageración, el argentino no vive con autenticidad por cierta preocupación defensiva. Ortega observa en ese segundo viaje que domina el hombre abstracto, el emigrante, sobre el “hombre histórico de la tierra”, lo cual lleva consigo la primacía del afán de enriquecerse sobre cualquier tipo de vocación:

El individuo que es periodista, o industrial, o catedrático, no lo es ante sí mismo y para sí mismo; no lo es irrevocablemente, no ve su profesión como destino vital, sino como algo que ahora le pasa, como mera anécdota, como *papel*. De este modo la vida de la persona queda escindida en dos: su persona auténtica y su figura social o *papel*. Entre ambos no hay comunicación efectiva. Ya esto bastaría para explicarnos por qué nos es difícil la comunicación con este hombre: él mismo no comunica consigo (1983e: 651).

Si antes se refería a la necesidad de recuperar la historia patente en la colección, esta cuestión enlaza con otro de los objetivos de la misma: la idea de dinamismo, el interés vital que organiza la vida y del cual deriva todo lo demás que somos. La vida es una tensión entre vocación, destino y circunstancia, de ahí la necesidad de verse reflejados en modelos vitales precedentes.

En el artículo “Por qué he escrito ‘El hombre a la defensiva’”, Ortega reiteraría su voluntad reformadora insistiendo en que sus palabras perseguían el cambio moral entre los argentinos. Habla de desmoralización, en el sentido de que el hombre y pueblo argentino no es su ser inexorablemente. Por ello, es necesario adentrarse en ese ser:

Es preciso llamar al argentino al fondo auténtico de sí mismo, retraerle a la disciplina rigurosa de ser sí mismo, de sumirse en el duro quehacer propuesto por su individual destino. Sólo así podrá modificarse la moral colectiva, el tipo de valores preferidos, el *standard* de virtudes y modos de ser que, prestigiados, informen con fértil automatismo la existencia argentina (1983g: 73).

La polémica que despertaron los artículos orteguianos tras su segundo viaje marcaron los años que Ortega pasó en Argentina buscando refugio tras la guerra civil (1939-1942). Con todo, este breve recorrido permite establecer las similitudes entre el sistema filosófico y el proyecto político-social que deseaba para España y para Hispanoamérica mediante sus iniciativas pedagógicas y culturales. La colección “Vidas Españolas e Hispanoamericanas del Siglo XIX” es una de ellas y, como ha quedado expuesto, responde a dos motivaciones principales: en primer lugar, la necesidad de recuperar el pasado inmediato para corregir los errores futuros y, en segundo lugar, la necesidad de ejemplificar la vocación y el destino de otros hombres, enfocando a esos personajes históricos desde el interior.

3.- Otros elementos de intercambio que ayudaron al impulso de la colección

Aunque, como ha quedado expuesto, los artículos y las reflexiones filosóficas de Ortega y Gasset persiguieron la relación con el resto de naciones de habla española, su labor no fue la única que sembró el clima propicio para establecer el lugar de intercambio para la producción y la recepción.

Uno de los elementos que ayudaron a ello fue la existencia desde 1928 de una delegación de Espasa-Calpe en Argentina, gestionada por Gonzalo Losada y Julián Urgoiti, hijo del fundador de Calpe¹¹. Las sucursales de editoriales españolas que arraigaron en América en esa década de 1920 se dedicaron a importar y distribuir los libros españoles, hasta que, a partir de la guerra civil, comenzaron a editar sus propias obras y a constituirse empresarialmente como sociedades anónimas. Fernando Larraz sitúa el auge del libro latinoamericano hacia 1927, año en el que se produce la Conferencia Nacional de Amigos del Libro y se constata que la exportación de libros al continente americano había comenzado a mejorar notablemente, gracias a la organización de las diferentes editoriales (2010: 27). Fruto de esa expansión y de las relaciones editoriales que florecieron, el interés por los autores predominantes del momento fue bidireccional:

El área de países americanos de habla hispana no fue solo vista desde España como mercado donde colocar los libros producidos. A partir de los años veinte supuso también un yacimiento de autores de interés, muy desconocidos en Europa y aun en los demás países de Latinoamérica. El número de autores americanos que vieron aparecer su obra en ediciones españolas creció expresivamente a finales de los años veinte (Larraz, 2010: 33-34).

Por lo tanto, además de los propósitos culturales que Ortega podía barajar para el proyecto, es evidente que la inclusión de biografías sobre personajes capitales en la historia del continente sudamericano obedece también a razones de orden económico, ya que asimismo buscaban el interés de los lectores de dicho territorio. En 1923, la delegación bonaerense ya había contribuido a la distribución de la *Revista de Occidente*. Desde el prólogo del primer número, Ortega formula las pretensiones de la iniciativa teniendo en cuenta el carácter transnacional de su publicación:

Existe en España e Hispano-América un número crecido de personas que se complacen en una gozosa y serena contemplación de las ideas y del arte. Asimismo les interesa recibir de cuando en cuando noticias claras y meditadas de lo que se siente, se hace y se padece en el mundo: ni el

¹¹ Nicolás María Urgoiti (1869-1951) fue el fundador de La Papelera Española, la editorial Calpe, los diarios *La Voz* y *El Sol*, y otros numerosos proyectos en los que también colaboró Ortega y Gasset.

relato inerte de los hechos, ni la interpretación superficial y apasionada que el periódico les ofrece, concuerdan con su deseo. Esta curiosidad, que va lo mismo al pensamiento o la poesía que al acontecimiento público y al secreto rumbo de las naciones, es, bajo su aspecto de dispersión e indisciplina, la más natural, la más orgánica. Es la curiosidad ni exclusivamente estética ni especialmente científica o política. Es la vital curiosidad que el individuo de nervios alertos siente por el vasto germinar de la vida en torno y es el deseo de vivir cara a cara con la honda realidad contemporánea (Ortega, 1923: 1).

El interés de la delegación bonaerense de Espasa-Calpe queda ejemplificado en el epistolario entre Guillermo de Torre y Melchor Fernández Almagro. En aquel momento, el primero ejercía en esa primera estancia en Argentina, tras la boda con la pintora y hermana del autor de *El Aleph* Norah Borges, como director de publicidad de dicha delegación, de ahí que contactara con su amigo granadino por cuestiones editoriales:

Un poco por mí y un poco oficiosamente por el interés de “Calpe” —cuya dirección de publicidad llevo, como sabrás— te ruego que me anticipes una nómina aproximada de los volúmenes que van a salir primero en esa serie de vidas del siglo XIX. Nada les dicen aquí desde Madrid y tienen interés en saber algo de ello, para hacer una propaganda previa en un boletín de propaganda “Guía del lector” que ha empezado a publicar “Calpe”. También me interesaría saber si hay algo planeado respecto a vidas americanas, especialmente argentinas. Yo hace tiempo había pensado en hacer una de ellas, aunque hasta ahora no he fijado la elección (Viñes Millet, 2008: 127).

Durante esa primera etapa bonaerense que va de 1927 a 1932, Guillermo de Torre será asimismo un asiduo en las revistas del Río de la Plata, como *Nosotros* (1907-1931), *Síntesis* (1927-1930) y *Sur* (1931-1970)¹². En *Nosotros*, como detalla Emilia Zuleta (1983), aparecen artículos sobre la lírica vanguardista que habían sido publicados originariamente en revistas españolas durante la década del veinte. Como puede observarse, Torre fue un notable introductor de la literatura española del momento, entre la que se encontraban autores de las biografías de la talla de Benjamín Jarnés y Antonio Espina. También en *Nosotros* apareció publicado el estudio “La generación española de 1898 en las revistas del tiempo”¹³, páginas en las que el crítico reconstruye la historia literaria contemporánea mediante las revistas de la época. No solo sirvió de puente entre ambas orillas del océano, sino que suscitó la polémica a raíz del artículo “Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica”¹⁴. En él reclamaba a los lectores americanos que se fijaran en la intelectualidad española en lugar de tomar como referente cultural a París. Su presencia en las publicaciones argentinas ayudó a se incluyeran artículos de los amigos que dominaban la vida cultural madrileña, como Benjamín Jarnés y el propio

¹² Guillermo de Torre formó parte del consejo de dirección de *Sur* junto a Jorge Luis Borges.

¹³ En *Nosotros*, II, 67, octubre 1941, pp. 3-38.

¹⁴ El artículo fue publicado en *La Gaceta Literaria*, de la que él era secretario, el 15 de abril de 1927.

Melchor Fernández Almagro¹⁵. Emilia Zuleta no duda en subrayar la importancia del crítico como nexo de unión entre ambas regiones y como divulgador de las novedades literarias del momento, entre las que despuntaba el auge biográfico del que se hace eco la colección de Espasa-Calpe:

En todas estas colaboraciones asombran no sólo las excepcionales cualidades de Torre como crítico, sino el tino con que introduce reflexiones de más amplio alcance sobre el estado actual de la literatura y el auge de algunos géneros como la biografía, o bien sobre el problema de las traducciones y de la difusión del libro (1983: 95).

Guillermo de Torre conocía el fenómeno y colaboró en buena medida en él. De sus cartas con Fernández Almagro se extrae incluso la intención de escribir alguna, aunque no queda constancia de que lo llevara a cabo. Sí aparece, no obstante, alguna referencia a las biografías en el ensayo “Los personajes novelescos” (1942), en el que queda claro el interés que en el momento obtuvieron los personajes históricos frente a los personajes novelescos:

También se aproximaba al blanco de la diana aquel que definía como rasgo del tiempo el interés suscitado por los personajes históricos antes que por los seres de ficción, ejemplificando con el favor profundo que obtuvo en todas las literaturas el género biográfico (Torre, 1970: 569).

Las revistas argentinas también se hicieron eco de las visitas de Ortega y reprodujeron varios de sus artículos, sin contar con la relación que mantuvo con Victoria Ocampo y su papel en la gestación de *Sur*, así como las críticas y defensas tras “El hombre a la defensiva”. En ellas, además, tenían cabida los colaboradores españoles, ya fuesen residentes en España o en Argentina, algo común desde finales del siglo XIX y las primeras décadas del veinte y que aumentó con los exiliados de la guerra civil. Algunos de esos nombres de los críticos y literatos protagonistas del panorama español fueron Gerardo Diego, Antonio Marichalar, José Bergamín, Francisco Ayala, César Arconada, José María Salaverría, Amado Alonso, Ricardo Baeza, Enrique Díez-Canedo, etc. Asimismo, contenían secciones bibliográficas, muchas de ellas con Guillermo de Torre a la cabeza, en las que se incluían reseñas, comentarios y noticias acerca de nuevos autores, obras literarias aparecidas recientemente¹⁶, y publicaciones

¹⁵ Por ejemplo, reseñó en *Síntesis* la novela *El águila y la serpiente*, del mexicano Martín Guzmán Santos, en el número del 17 de octubre de 1928 (pp. 133-138) con el título “Salvación de la novela realista”. El autor mexicano pasó unos años en Madrid, hecho que seguramente contribuyó a que fuera uno de los autores de la colección.

¹⁶ Entre las novedades editoriales reseñadas se hallaban muchas de las obras de la Generación del 27 y otras novedades vanguardistas de los discípulos orteguianos.

periódicas de España como la *Revista de Occidente*, *La Gaceta Literaria*, *El Sol*, *Hora de España*, *Alfar*, *Atlántico*, etc.

Un ejemplo de esas colaboraciones es el siguiente fragmento de Guillermo Díaz-Plaja, uno de los críticos españoles que publicaban en Argentina, que en marzo de 1930 firmó un ensayo titulado “Proyección del siglo XX. Pantalla literaria”. Emilia Zuleta menciona dicho artículo y ofrece una referencia velada a las “Vidas Españolas e Hispanoamericanas del Siglo XIX”:

En el ensayo antes mencionado logra una acabada caracterización de aquella centuria y, particularmente, del romanticismo, según una doble perspectiva que enfoca a la par su revalorización actual en la serie de biografías escritas por Marichalar, Espina, Jarnés y otros (1983: 88).

4.- Biógrafos y biografiados

Todos estos elementos configuran un campo de intercambio en el que la colección fue una pieza más de la forja de una literatura abierta al internacionalismo. Aprovechando la coyuntura de la residencia de Guillermo de Torre en Argentina, Melchor Fernández Almagro le pidió que le facilitara los nombres de los autores que, a su juicio, quisieran participar, incluido el propio Guillermo. Incluso le reveló en quién pensaba como candidato: “Tengo también especial empeño en que hables del asunto con Jorge Luis Borges” (Viñes Millet, 2008: 190). Más tarde, en noviembre de 1930, el director de la colección lamentaba la ausencia de contestación por parte del escritor argentino. La editora del epistolario, Cristina Viñes Millet, en una nota al pie explica que en el verano de 1934 Fernández Almagro inició contactos con Pablo Neruda, por entonces cónsul de Chile en Barcelona y gran amigo de Federico García Lorca, compañero desde la infancia del crítico granadino. Al parecer, el chileno le sugirió algunos biógrafos y biografiados.

No obstante, ni Borges ni Neruda aparecen como firmas. Sí que constan, en cambio, los discípulos de Ortega, autores de la novela deshumanizada de vanguardias y ya por entonces conocidos en Hispanoamérica gracias a su aparición en las revistas americanas. Una de esas discípulas a las que Ortega encargó la redacción de una biografía fue Rosa Chacel. Aunque la vida de Teresa Mancha que la vallisoletana

redactó vio la luz fuera de la colección a causa de la guerra civil, dejó escrito en algunos artículos su testimonio acerca del proyecto. Uno de ellos es “Respuesta a Ortega: la novela no escrita” (1956)¹⁷. En él, la biógrafa de la amante de Espronceda rememora la voluntad del pensador a través de la colección de valorar el recuerdo y las biografías gracias a una distancia entre pasado y presente marcada por el proceso alcanzado. Además, pone de relieve la misión pedagógica que Ortega concebía con la colección, en este caso respecto a sus discípulos, que tenían asignada un alma que retratar y ofrecer a su maestro (1956: 117-118). En otro artículo, “Revisión de un largo camino” (1993)¹⁸, Chacel vuelve a mencionar la colección biográfica y vincula el proyecto con la humanización que paliara la deshumanización (1993: 416); una iniciativa, como ha quedado manifestado, aneja al resto de empresas impulsadas por el filósofo.

Al grupo de los escritores del “Nova Novorum” y otros ensayistas y escritores en la órbita del filósofo¹⁹, se une el grupo de los políticos e historiadores identificables con la tendencia historiográfica liberal²⁰ y, finalmente, se constata un tercer grupo más heterogéneo que encuadra desde los políticos y militares que se dedicaron a la tarea prácticamente sin tener continuidad ni escribir más obras, hasta autores ya consagrados y de tendencia realista como Pío Baroja. En estos dos últimos grupos se encuentran autores tanto españoles como hispanoamericanos. Por ejemplo, el segundo grupo está formado en el ámbito español por el conde de Romanones, Luis de Sosa, el marqués de Villa-Urrutia, Salvador Bermúdez de Castro, Félix Llanos y Torriglia, José María Azcona y Díaz de Rada; y, en el ámbito hispanoamericano, por los mexicanos Martín Guzmán, Victoriano Salado Álvarez y Alfonso Teja Zabre, y el cubano Emeterio S. Santovenia. En cuanto al tercer grupo, el más heterogéneo y difícil de precisar, reúne a españoles como el conde de Rodezno, el periodista Luis de Sosa, César Silió, Pedro Gómez Chaix, el militar Luis Bermúdez de Castro y el marqués de Melgarejo. Entre los autores hispanoamericanos se hallan los argentinos Aníbal Ponce y Arturo Capdevila, y la peruana Angélica Palma, entre otros. La diversidad de procedencias de los escritores

¹⁷ El artículo fue publicado en el núm. 241 de *Sur*, en 1956, justo un año después de la muerte de Ortega.

¹⁸ Originariamente aparecido en *Cuenta y Razón*, núm. 11, junio de 1983, pp. 89-100.

¹⁹ Entre esos escritores se encontraban Antonio Espina, Benjamín Jarnés, Antonio Marichalar, Manuel Cigés Aparicio, Alfons Maseras, y Juan Chabás, entre otros.

²⁰ Melchor Fernández Almagro también inscribía sus ensayos históricos en la historiografía liberal-conservadora, corriente desarrollada en España entre 1920 y 1930 y que difería de la corriente historiográfica nacional de la escuela de Menéndez Pelayo.

de las vidas, especialmente en el caso de estos últimos, dificulta también enmarcarlos en una sola corriente histórico-literaria.

En lo referente a los cincuenta y nueve personajes históricos, por una parte, en el ámbito peninsular quedan plasmados los diferentes monarcas, los protagonistas de las guerras carlistas y de los diferentes partidos parlamentarios, así como los agentes de la vida cultural y artística. Por otra parte, en el ámbito hispanoamericano se reflejan las vidas de los caudillos que lograron la independencia de Argentina, Cuba, Venezuela, México y las diferentes luchas de poder a raíz de esa liberación. En concreto, destacan en número las referidas a personalidades argentinas. De este modo, junto a Francisco Martínez de la Rosa, Antonio Cánovas del Castillo, Adelardo López de Ayala, Emilio Castelar, Francisco Serrano, Carlos VII, Joaquín Costa, Zumalacárregui, Pablo Iglesias, Iparraguirre, Bécquer, Juan Maragall, Pedro Antonio de Alarcón o *Clarín*, conviven los protagonistas de los países hispanoamericanos como Simón Bolívar, José de San Martín, el padre Castañeda, José María Morelos, Fructuoso Rivera, José Martí, Domingo Faustino Sarmiento, etc.

5.- Conclusión

En definitiva, si atendiendo a la nómina de biógrafos se puede reconstruir buena parte del panorama literario español y parcialmente hispanoamericano, fecundado por el intercambio entre editoriales y revistas, los personajes históricos de los que da cuenta la colección perfilan asimismo la aspiración orteguiana de mostrar al individuo en su pulsión entre vocación y circunstancias reales, ese drama vital que sirva de modelo para comprender, antes que para imitar. Al mismo tiempo, la colección de biografías contribuye a reconstruir ese siglo que, según Ortega y Gasset, había sido contemplado desde el punto de vista social y colectivo.

Como se extrae del presente artículo, el segundo viaje que Ortega y Gasset realizó a Argentina supuso un cambio de énfasis en la colección que, no obstante, no se distanciaba del resto de sus siempre aunadas pretensiones políticas, culturales y pedagógicas. Hasta el momento, el papel de este proyecto editorial en el conjunto de las empresas orteguianas no ha sido puesto de relieve y, pese a ello, es un claro ejemplo de

la voluntad de comprensión y entendimiento que siempre manifestó en su obra, tanto para sus lectores españoles como para los hispanoamericanos. Ofrece, además, un nuevo ámbito de estudio, así como un nuevo ejemplo, en la configuración de la razón vital y en la concepción orteguiana de la biografía; supone un punto intermedio en la evolución sobre el género entre sus primeros ensayos y las semblanzas biográficas de *Papeles sobre Velázquez y Goya* (1950).

El giro de contenido de la colección con la ampliación aquí analizada implicó, en primer lugar, un mayor público al que hacer llegar la necesidad de superar la lucha bipartidista, de enriquecer la perspectiva individual e histórica y de no repetir los errores pasados. En segundo lugar, literariamente las “Vidas” no presentaban solo la oportunidad de adherirse a la moda de la renovación biográfica y del auge del género, sino que también permitían favorecer y potenciar el diálogo transatlántico, tanto por parte de los escritores como de los lectores. En ello tienen un peso decisivo las sucursales editoriales en Hispanoamérica y la autonomía que estas poco a poco fueron logrando. Ese inicio de consolidación y expansión del mercado editorial hispanoamericano, unido a un período de gran proliferación de las publicaciones periódicas, operaron de caldo de cultivo para poner en conocimiento del público de uno y otro lado del océano cuáles eran los diferentes autores de lengua española del momento, tarea en la que fue indispensable la labor de críticos como Guillermo de Torre, paradigma de toda esa efervescencia de colaboraciones, y Guillermo Díaz-Plaja.

Todo ello, por consiguiente, se dispone al servicio de una colección editorial que representa un punto de intercambio en cuanto a la producción y la recepción y contribuye a forjar una literatura transnacional que hoy en día ya es toda una realidad manifiesta.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ARGULLOL, Rafael (1990): *El Héroe y el Único*, Barcelona, Destino.

CAMPOMAR, Marta (2000): “Controversias americanistas: el colonialismo de Ortega y Gasset”, *Revista de Estudios Ortegaianos*, núm. 1, pp. 171-197.

CHACEL, Rosa (1956): “Respuesta a Ortega: la novela no escrita”, *Sur*, núm. 241, julio-agosto de 1956, pp. 97-119.

— (1993): *Obra Completa. Artículos I*, ed. A. Piedra, volumen III, Valladolid, Excma. Diputación Provincial de Valladolid, Centro de Estudios Literarios, Fundación Jorge Guillén.

FERNÁNDEZ CIFUENTES, Luis (1982): *Teoría y mercado de la novela en España: del 98 a la República*, Madrid, Gredos.

LARRAZ, Fernando (2010): *Una historia transatlántica del libro. Relaciones editoriales entre España y América Latina (1936-1950)*, Gijón, Ediciones Trea.

LLERA, Luis de (2006): “Ortega en Argentina”, en Manuel Aznar Soler (ed.), *Escritores y revistas del exilio republicano de 1939*, Sevilla, Editorial Renacimiento, pp. 71-90.

LÓPEZ FRÍAS, Francisco (1985): *Ética y política: en torno al pensamiento de J. Ortega y Gasset*, Barcelona, Promociones Publicaciones Universitarias.

ORTEGA Y GASSET, José (1923): *Revista de Occidente*, núm. I, julio de 1923, tomo I, p. 1.

— (1932): “Pidiendo un Goethe desde dentro”, *Revista de Occidente*, núm. CVI, abril 1932, tomo XXXVI, pp. 1-41.

— (1955): *El tema de nuestro tiempo*, Madrid, Espasa-Calpe.

— (1976): *En torno a Galileo*, Madrid, Revista de Occidente.

— (1983a): “Carta a un joven argentino que estudia filosofía”, en *Obras completas. II*, Madrid, Revista de Occidente, pp. 347-351.

— (1983b): “El arte en presente y en pretérito”, en *Obras completas. II*, Madrid, Revista de Occidente, pp. 420-428.

— (1983c): “Para un museo de lo romántico”, en *Obras completas. II*, Madrid, Revista de Occidente, pp. 514-524.

- (1983d): “La Pampa... promesas”, en *Obras completas. II*, Madrid, Revista de Occidente, pp. 635-642.
- (1983e): “El hombre a la defensiva”, en *Obras completas. II*, Madrid, Revista de Occidente, pp. 642-663.
- (1983f): “Sobre unas ‘memorias’”, en *Obras completas. III*, Madrid, Revista de Occidente, pp. 588-592.
- (1983g): “Por qué he escrito ‘El hombre a la defensiva’”, en *Obras completas. IV*, Madrid, Revista de Occidente, pp. 69-74.
- (1983h): “Sobre las carreras”, en *Obras completas. V*, Madrid, Revista de Occidente, pp. 167-183.
- (1983i): “A una edición de sus obras”, en *Obras completas. VI*, Madrid, Revista de Occidente, pp. 342-354.
- (1990): *Meditaciones del Quijote*, Madrid, Cátedra.
- SCHWARTZ, Kessel (1983): “José Ortega y Gasset and Argentina”, *ALEC*, núm. 1-2, vol. 8, pp. 59-82.
- SERRANO ASENJO, Enrique (2008): *Vidas oblicuas: Aspectos teóricos de la nueva biografía en España (1928-1936)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.
- TORRE, Guillermo de (1970): *Doctrina y estética literaria*, Madrid, Ediciones Guadarrama.
- TORRES BODET, Jaime (1930): “Vidas españolas del siglo XIX”, *Revista de Occidente*, XXVII, pp. 281-293.
- UNAMUNO, Miguel de (1976): *Del sentimiento trágico de la vida*, Madrid, Espasa-Calpe.
- VIÑEZ MILLET, Cristina (2008): *Cartas cruzadas entre Guillermo de Torre y Melchor Fernández Almagro (1922-1966)*, Granada, Universidad de Granada.

Literaturas transnacionales: ponerse en las escrituras de los otros

ZEAL, Leopoldo (1983): "Presencia cultural de Ortega en Hispanoamérica", *Quinto centenario*, núm. 6, pp. 13-36.

ZULETA, Emilia (1983): *Relaciones literarias entre España y Argentina*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana.